

HOMILÍA SOBRE LA MISERIA DE LA HUMANIDAD

Catálogo de Títulos Cortos 13675. Textos electrónicos del Renacimiento 1.1.
copyright 1994 Ian Lancashire (ed.) Universidad de Toronto

SERMÓN SOBRE LA MISERIA DE TODA LA HUMANIDAD Y DE SU CONDENA A LA MUERTE ETERNA, POR SU PROPIO PECADO.

EL ESPÍRITU SANTO, al escribir las Sagradas Escrituras, no ha podido ser más diligente en derribar la gloria y el orgullo del hombre, que de todos los vicios es el más injertado en toda la humanidad, desde la primera infección de nuestro primer padre Adán. Y por lo tanto, en muchos lugares de la Escritura, encontramos muchas lecciones notables contra este viejo vicio arraigado, para enseñarnos la más encomiable virtud de la humildad, cómo conocernos a nosotros mismos, y recordar lo que somos en nosotros mismos.

En el libro del Génesis, DIOS Todopoderoso nos da a todos un título y un nombre en nuestro bisabuelo Adán, que debería advertirnos a todos para que consideremos qué somos, de dónde somos, de dónde venimos y a dónde iremos, diciendo así: Con el sudor de tu frente comerás tu pan, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado, en la medida en que eres polvo, y al polvo volverás (Génesis 3.19). Aquí (como si fuera en un cristal) podemos aprender a saber que nuestro ser no es más que suelo, tierra y cenizas, y que a tierra y cenizas volveremos.

Además, el santo patriarca Abraham recordó bien este nombre y título, polvo, tierra y cenizas, designado y asignado por Dios a toda la humanidad: y por eso se llama a sí mismo con ese nombre, cuando hace su oración ferviente por Sodoma y Gomorra. Y leemos que Judit, Ester, Job, Jeremías, con otros hombres y mujeres santos en el Antiguo Testamento, se vestían de saco, y arrojaban polvo y cenizas sobre sus cabezas, cuando se desviaban de sus pecados (Judit 4.10-11, Job 42.6, Jeremías 6.26). Invocaron y clamaron a Dios, pidiendo ayuda y misericordia, con tal ceremonia de cilicio, polvo y cenizas, para poder declarar a todo el mundo la humilde y baja estimación que tenían de sí mismos, y lo bien que recordaban su nombre y título antes mencionados, su vil naturaleza frágil y corrupta, polvo, tierra y cenizas. El libro de la Sabiduría también quiere bajar nuestras orgullosas entrañas, y nos dice que nos acordemos de nuestra generación mortal y terrenal, que tenemos todos de él que fue hecho por primera vez (Sabiduría 7.1): y que todos los hombres, tanto los reyes como los súbditos, vienen a este mundo, y salen de él de la misma manera: es decir, como siendo miserables, como podemos ver diariamente. Y DIOS Todopoderoso ordenó a su Profeta Isaías que hiciera una Proclamación, y que gritara a todo el mundo; e Isaías preguntó, ¿qué debo gritar? El Señor respondió: Que toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo. La hierba se seca, y la flor se marchita, porque el viento de Jehová sopló en ella; ciertamente como hierba es el pueblo. (Isaías 40:6-7). Y el santo hombre Job, teniendo en sí mismo una gran experiencia del estado miserable y pecaminoso del hombre, abre él mismo al mundo en estas palabras: El hombre nacido de mujer, corto de días, y hastiado de sinsabores, sale como una flor y es cortado, y huye como la sombra y no

permanece. ¿Sobre éste abres tus ojos, y me traes a juicio contigo? ¿Quién hará limpio a lo inmundo? Nadie (Job 14.1-4), y todos los hombres de su inmundicia, y natural propensión, son tan universalmente guiados al pecado, que (como la Escritura dice) DIOS se arrepintió que de haber hecho al hombre (Génesis 6.6). Y por el pecado, su indignación fue tan provocada contra el mundo, que ahogó a todo el mundo con el agua de Noé (excepto al propio Noé y su pequeño hogar, Génesis 7.11-24). No es sin gran causa, que la Escritura de Dios llama tantas veces a todos los hombres aquí en este mundo por esta palabra, tierra, tierra, tierra, dice Jeremías, escucha la palabra del Señor (Jeremías 22.29). Este nombre, llamado y título son correctos, tierra, tierra, tierra, pronunciado por el Profeta, muestra lo que somos en realidad, sobre cualquier otro estilo, título o dignidad que los hombres se llamen a sí mismos. Así nos nombra claramente a cada uno de nosotros, quien sabe mejor, tanto lo que somos, y como debemos llamarnos por derecho. Y así establece sobre nosotros, hablando por su fiel Apóstol San Pablo, Todos los hombres, judíos y gentiles, están en pecado, no hay ninguno justo, ni uno solo: no hay ninguno que entienda, no hay ninguno que busque a DIOS, todos se han desviado del camino, todos son inútiles, no hay ninguno que haga el bien, ni uno solo: su garganta es un sepulcro abierto, con sus lenguas han hecho astucia y engaño, el veneno de las serpientes está debajo de sus labios, su boca está llena de rizos y amargura, sus pies son rápidos para derramar sangre, la destrucción y la miseria están en sus caminos, y el camino de la paz no lo han conocido: no hay temor de Dios ante sus ojos. Y en otro lugar, San Pablo escribe así: porque Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos (Romanos 11.32). La Escritura encierra a todos bajo el pecado, para que la promesa, por medio de Jesucristo, sea concedida a los que se alejan (Gálatas 3.22). San Pablo en muchos lugares nos pinta con nuestros colores, llamándonos hijos de la ira de Dios (Efesios 2.3), cuando somos llevados: diciendo también que no podemos pensar un buen pensamiento de nosotros mismos, mucho menos podemos decir bien, o hacer bien en nosotros mismos.

¿Cuántas veces, cuánta seriedad y cuánto se lamenta Dios al punto de extender su deseo de mostrar una gran misericordia ante sus grandes ofensas, y de no entrar en juicio con él (Salmos 143:2)? Y, además, ¿Qué tan bien pesa este hombre santo sus pecados, cuando confiesa que son tantos y tan ocultos, y difíciles de entender, que es en cierto modo imposible conocerlos, verlos o numerarlos? Por lo tanto, teniendo una verdadera, seria y profunda contemplación y consideración de sus pecados, y aun no llegando al fondo de los mismos, hace una súplica a DIOS, para que le perdone sus pecados secretos y ocultos, a cuyo conocimiento no podemos llegar (Salmos 19.12, 40.12). Él pesa correctamente sus pecados desde la raíz original y la cabeza del manantial, percibiendo las inclinaciones, las provocaciones, las agitaciones, los agujones, los brotes, las ramas, las heces, las infecciones, los gustos, los sentimientos, y siente que aún continúan en él. Por lo que dice: "Mira, y he aquí que he sido concebido en pecados" (Salmos 51.5): No dice pecado, sino en número plural, pecados, pues de uno (como una fuente) brotan todos los demás.

Nuestro Salvador Cristo dice: No hay nadie bueno, sino DIOS (Marcos 10.18, Lucas 18.19). Y que no podemos hacer nada bueno sin él, ni nadie puede llegar al padre sino por él (Juan 15.5, 14.6). Él nos manda a decir también que somos siervos inútiles, cuando hemos hecho todo lo que podemos hacer (Lucas 17.10). Prefiere al publicano penitente antes que al fariseo orgulloso, santo y glorioso (Lucas 18.14). Se llama a sí mismo Médico, pero no para los que están sanos, sino a los que están enfermos (Mateo 9.12), y necesitan su ayuda para su dolor. Él nos enseña en nuestras oraciones, a reconocernos pecadores, y a pedir la justicia y el perdón de todos los males, de la mano de nuestro Padre Celestial. Él declara que los pecados de nuestros propios corazones contaminan nuestro propio ser. Enseña que una palabra o un pensamiento inútil merecen condenación, afirmando que daremos cuenta de toda palabra ociosa (Mateo 12.36). Dice que no ha venido a salvar, sino a las ovejas que estaban perdidas y desechadas (Mateo 15.24). Por lo tanto, pocos de los fariseos orgullosos, justos, eruditos, sabios, perfectos y santos, fueron sancionados por él, porque se justificaban por su falsa santidad ante los hombres. Por lo tanto (gente buena), guardémonos de tal hipocresía, gloria vana y justificación de nosotros mismos.

Puesto que el verdadero conocimiento de nosotros mismos es muy necesario para llegar al correcto conocimiento de Dios, habéis oído en la última lectura cómo todos los hombres piadosos siempre han pensado en sí mismos, y así, han de pensar y juzgar de sí mismos, son enseñados por DIOS su Creador, por su santa palabra. Porque de nosotros mismos somos malos árboles, que no pueden traer manzanas. Somos de nuestra propia tierra, que no puede producir más que malas hierbas, ortigas, zarzas, cardos, berberechos y caracoles. Nuestros frutos se declaran en el quinto capítulo a los gálatas. No tenemos fe, caridad, esperanza, paciencia, castidad, ni ninguna otra cosa que sea buena, sino de Dios, y por eso estas virtudes se llaman allí frutos del Espíritu Santo, y no frutos del hombre (Gálatas 5.19-23). Por lo tanto, reconozcámonos ante Dios como miserables y desdichados pecadores. Y arrepintámonos seriamente, y humillémonos de corazón, y clamemos a Dios por misericordia. Confesemos con la boca y el corazón que estamos llenos de imperfecciones: Conozcamos nuestras propias obras, de qué imperfección son, y entonces no nos mantendremos necios y arrogantes en nuestros propios conceptos, ni desafiaremos ninguna parte de la justificación por nuestros méritos u obras. Porque en verdad hay imperfecciones en nuestras mejores obras: no amamos a Dios tanto como debemos hacerlo, con todo nuestro corazón, mente y poder; no tememos a Dios tanto como debemos hacerlo: no oramos a Dios, sino con muchas y grandes imperfecciones: damos, perdonamos, vivimos, mentimos y esperamos imperfectamente: hablamos, pensamos y hacemos imperfectamente: luchamos contra el mundo y la carne imperfectamente: Por lo tanto, no nos avergoncemos de confesar claramente nuestro estado de imperfección: sí, no nos avergoncemos de confesar la imperfección, incluso en todas nuestras mejores obras. Que ninguno de nosotros se avergüence de decir con San Pedro: Soy un hombre pecador (Lucas 5.8). Que todos digamos con el santo profeta David: Pecamos nosotros, como nuestros padres; hicimos iniquidad, hicimos impiedad (Salmos 106.6), que todos nos confesemos abiertamente como el hijo pródigo a nuestro padre, y digamos con él: Hemos pecado contra Dios, y ante ti (oh Padre) no somos dignos de ser llamados

tus hijos (Lucas 15.18). Digamos todos con el santo Baruc: Que todos reconozcan la justicia del Señor, pero nosotros hoy y nuestros padres no merecemos sino vergüenza. Todas estas calamidades que nos han sobrevenido... hemos pecado, hemos sido impíos e injustos, Señor, descuidando todos tus mandamientos (Baruc 2.6, 12). Digamos todos con el santo profeta Daniel: "Señor, a ti te pertenece la justicia, a ti te pertenece la confusión. Hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos ofendido, hemos huido de ti, nos hemos alejado de todos tus preceptos y de tus leyes (Daniel 9.7, 5). Así aprendemos de todos los hombres buenos en las Sagradas Escrituras, para humillarnos, y para exaltar, ensalzar, alabar, magnificar y glorificar a DIOS.

Así, hemos oído cómo somos inútiles en nosotros mismos, cómo por nosotros mismos, y por nuestros propios medios, no tenemos bondad, ayuda ni salvación, sino, por el contrario, pecado, condenación y muerte eterna; lo cual, si lo sopesamos y consideramos profundamente, comprenderemos mejor la gran misericordia de Dios, y cómo nuestra salvación viene sólo por Cristo. Porque en nosotros mismos (como de nosotros mismos) no encontramos nada (2 Corintios 3.5), por lo que podemos ser librados de este miserable cautiverio, en el que fuimos arrojados, a través de la astucia del demonio, por la ruptura de la orden de DIOS, en nuestro primer padre Adán. Todos nos hemos convertido en inmundos, pero no somos capaces de limpiar nuestro ser, ni de limpiarnos mutuamente (Salmos 51.1-10). Somos por naturaleza hijos de la ira de Dios (Efesios 2.3), pero no somos capaces de convertirnos en hijos y herederos de la gloria de Dios. Somos ovejas descarriadas (1 Pedro 2.25), pero no podemos con nuestras propias fuerzas volver al redil, tan grande es nuestra imperfección y debilidad. Por lo tanto, no podemos gloriarnos en nosotros mismos, ya que (de nosotros mismos) no somos más que pecaminoso: ni podemos confiar en ninguna de las obras que hacemos, las cuales son todas tan imperfectas y puras, que no son capaces de permanecer ante el asiento del justo juicio de DIOS, como dice el santo Profeta David: No entres en juicio con tu siervo (Oh Señor) porque ningún hombre que mienta será hallado justo ante tus ojos (Salmos 143. 2). Por lo tanto, debemos acudir a Dios, o de lo contrario nunca encontraremos paz, descanso y tranquilidad de conciencia en nuestros corazones. Porque él es el Padre de las misericordias, y Dios de toda consolación (2 Corintios 1.3). Él es el Señor, con quien hay abundante redención (Salmos 130.7): Él es el DIOS que por su propia misericordia nos salva, y pone su caridad y su gran amor hacia nosotros, siendo que, por su propia bondad voluntaria, cuando estábamos pereciendo, él nos salvó, y se propuso un reino eterno para nosotros. Y todos estos tesoros celestiales nos son dados a nosotros, no por nuestros propios méritos o buenas acciones (que no tenemos), sino por su misericordia. ¿Y por causa de quién? En verdad, por el bien de Jesucristo, ese cordero puro e inmaculado de DIOS. Él es ese Hijo tan querido, por cuya causa Dios está plenamente apaciguado, satisfecho y unido al hombre. Él es el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo (Juan 1.29), de quien sólo puede decirse que lo hizo todo bien, y en su boca no se halló astucia ni sutileza (1 Pedro 2.22). Sólo él puede decir: El príncipe del mundo vino, y en mí no tiene nada (Juan 14.30). Y sólo él puede decir: ¿Quién de vosotros me reprochará alguna falta (Juan 8:46)? Él es el Sumo y Eterno Sacerdote,

que se ofreció a sí mismo una vez por todas en el altar de la cruz, y con esa única ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados (Hebreos 7.27 y 10.14). Él es el único mediador entre DIOS y el hombre, que pagó nuestro rescate a DIOS con su propia sangre, y con eso nos limpió a todos del pecado. Él es el Médico que cura todas nuestras enfermedades. Él es el Salvador que salva a su pueblo de todos sus pecados (Mateo 1.21): En resumen, él es la fuente fluyente y más abundante, de cuya plenitud todos hemos recibido. Porque sólo en él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento de Dios. Y en él, y por él, recibimos de Dios Padre todas las cosas buenas, tanto del cuerpo como del alma. Oh, ¡Cuánto estamos obligados a rendirnos a este nuestro Padre celestial por sus grandes misericordias, que tan abundantemente nos ha declarado en Cristo Jesús, nuestro Señor y Salvador! ¿Qué agradecimiento digno y suficiente podemos darle? Prorrumpamos todos juntos en un alegre viaje, alabando y magnificando a este Señor de las misericordias, por su tierna bondad manifestada hacia nosotros en su amado Hijo Jesucristo, nuestro Señor.

Hasta ahora hemos oído lo que somos de nosotros mismos: muy pecadores, miserables y condenables. Además, hemos oído de nosotros mismos, y que por nosotros mismos, no somos capaces ni de pensar un buen pensamiento, ni de hacer una buena obra, de modo que no podemos encontrar en nosotros mismos ninguna esperanza de salvación, sino más bien lo que contribuye a nuestra destrucción. Además, hemos oído la tierna bondad y la gran misericordia de Dios Padre hacia nosotros, y lo beneficioso que es para nosotros por causa de Cristo, sin nuestros méritos o merecimientos, sólo a pesar de su propia misericordia y tierna bondad. Ahora, ¿Cómo se obtienen estas grandes misericordias de DIOS, puestas en Cristo Jesús para nosotros? ¿Cómo somos liberados del cautiverio del pecado, la muerte y el infierno?, será declarado más ampliamente (con la ayuda de DIOS) en el próximo Sermón. Entre tanto, sí, y en todo momento, aprendamos a conocernos a nosotros mismos, a nuestra fragilidad y debilidad, sin que nos quejemos ni nos jactemos de nuestros propios méritos y buenas acciones. Conozcamos también la gran misericordia de Dios hacia nosotros, y confesemos que, así como de nosotros proviene toda la maldad y la condenación, así también de él proviene toda la bondad y la salvación, como Dios mismo dice por el profeta Oseas: "Oh Israel, tu destrucción proviene de ti mismo, pero sólo en mí está tu ayuda y tu consuelo" (Oseas 13.9). Si nos sometemos humildemente a los ojos de Dios, podemos estar seguros de que en el momento de su visita, Él nos elevará al reino de su querido hijo Cristo Jesús nuestro Señor: A quien, con el Padre y el Espíritu Santo, sea todo el honor y la gloria por siempre. Amén.